



Congreso Regional de la Cátedra UNESCO en Lectura y Escritura: "Cultura Escrita y Políticas Pedagógicas en las Sociedades Latinoamericanas Actuales"
11, 12 y 13 de agosto de 2010

Biblioteca Nacional
Agüero 2502 – Capital Federal
(11 de agosto)
Universidad Nacional de General Sarmiento
Juan M. Gutiérrez 1150 – Los Polvorines
(12 y 13 de agosto)

Graciela Goldchluk
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (CTCL)- Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS)
Universidad Nacional de La Plata - CONICET
gragold@yahoo.com.ar

Título: Se puede tachar y volver a escribir. Viejas prácticas y nuevas tecnologías en la lectura y la escritura.

Resumen: este trabajo se plantea como una reflexión sobre la interacción de la tecnología con la práctica cotidiana de escritura y lectura, a partir del análisis de documentos manuscritos del siglo XIX y la visita a sitios web que ofrecen manuscritos de escritores del siglo XX

Cuando pensamos en la actualidad de la lectura sucede, cada vez con más frecuencia, que nos remitimos con temor hacia el futuro. No es posible dudar de la necesidad de decodificar mensajes escritos tales como instrucciones para preparar una sopa o accionar una máquina, pero las cosas cambian cuando nos referimos a la lectura llamada "literaria". Pensar la literatura hoy significa preguntarnos cómo será el libro de mañana; el temor que subyace en esa pregunta es si mañana habrá libros, ya sea en formato electrónico o como sea. Esta pregunta parece haber desplazado la clásica que nos ligaba con el pasado: cuando preguntarse por la actualidad era tomar una postura en relación con un legado, su persistencia y sus negaciones; cuando había íconos, falsos dioses consagrados, que destruir. En apariencia, la perspectiva futurista se ocupa de la

tecnología mientras que la tradicionalista se ocuparía de un “contenido” y su transmisión, pero cuando nos preguntamos acerca de qué leen nuestros alumnos no podemos separar esa pregunta de los modos en que leen y de los lugares donde leen, con las pantallas a la vanguardia de nuestra imaginación.

Desentrañar esta serie de sobreentendidos nos permitirá ubicarnos en el sentido que nos convoca: reflexionar sobre la lectura equivale de algún modo a pensar cuál es el futuro de nuestros jóvenes, donde una vez más está cifrado un futuro posible para nuestro país. El devenir temporal en el que fuimos educados: recordar el pasado para comprender el presente y edificar un futuro, parece estar en crisis en una época en la que los tiempos son simultáneos y se muestran alterados. Si “el futuro ya llegó”, como fue escrito hace más de veinte años, y resultó, si se me permite la expresión, “todo un palo”, que es el título de la canción editada por Beilinson y Solari en 1988, es momento de reflexionar. Que el futuro sea por venir no significa que será bueno, pero tampoco, necesariamente, un páramo en el que no quedarán ni siquiera los recuerdos de ese pasado presuntamente glorioso en el que las maestras normales eran respetadas por sus alumnos que se enamoraban en primer grado. Si el futuro llegó, el por-venir está por verse.¹

Comencemos, entonces, por este presente contaminado de promesas y pesadillas virtuales, mezcla de *Metrópolis*, *Tiempos Modernos* y *Los Supersónicos*. Imaginemos a un adolescente con un celular: es difícil que lo encontremos hablando, mucho más probable es que escriba mensajes de texto. Si está frente a una computadora lo vemos jugando de un modo inaccesible para nosotros, pero también es probable que esté en uno o más chats a la vez. Esto es, que escriba y sostenga conversaciones simultáneas con diferentes personas. Es verdad que lo hará utilizando un lenguaje de difícil comprensión para los adultos, no sólo por sus expresiones sino porque está plagado de signos, caritas, dibujos y onomatopeyas. La letra parece estar desplazada con la misma velocidad con que la escritura avanza, pero es indudable que hay algún tipo de lectura y de escritura, algún entrenamiento y alguna habilidad nueva en estas prácticas.

No pretendo postular una equivalencia entre esta práctica de escritura y la que conocimos quienes crecimos en el siglo XX, al amparo de las bibliotecas populares y las revistas de historietas, los libros de cuentos, las novelas, los libros de versos; quienes

¹ Hago acá una distinción entre *futuro* como aquello que se ubica en una línea temporal como la consecuencia lógica del presente, de algún modo esperado, y *por-venir* como lo que no esperamos pero viene, como lo otro que viene a nuestro encuentro. Esta reflexión se encuentra en Derrida 1995.

fuimos al colegio incluso antes de la fotocopia, heredábamos el manual del primo mayor y para investigar íbamos a la sala de lectura con cuaderno borrador y birome, porque la lapicera fuente era para el “cuaderno único”. No podría ni querría establecer ninguna equivalencia, entre otras cosas, porque si escarbamos un poco en la enumeración nostálgica, si somos rigurosos, terminaríamos recordando también que todos encontrábamos lo mismo sobre el aparato digestivo o la fauna de la Mesopotamia y llevábamos la misma lámina, a veces calcada del Simulcop. Difícilmente se introdujera alguna noticia reciente sobre una enzima aislada en un laboratorio o sobre las acciones del hombre para preservar o destruir el medio ambiente. La contemporaneidad no entraba en las aulas.

Retrocedamos entonces al s XIX para entender el XXI.

Un rodeo por el siglo XIX

Voy a mostrar algunas fotografías digitales tomadas en el Museo Mitre, gracias a la generosidad de Ximena Iglesias, la bibliotecaria encargada del archivo, ellas nos permitirán asomarnos a la escritura de la época.

El 20 de julio de 1816, Andrés Villalba, encargado de negocios de España en Brasil, le escribe a Manuel José García para proponerle una reconciliación de las Provincias del Río de La Plata con España, basada en la sumisión. Leamos los términos en que escribe esta propuesta (Fig. 1 y Fig. 2):

Su Majestad está también dispuesto, y yo estoy autorizado, para atender y recompensar dignamente a aquellas personas que hubiesen manifestado más su decisión, y hubiesen tomado más empeño en promover y establecer la sumisión voluntaria de estas Provincias a su Soberanía, premiando así el placer que proporcionan a su real corazón, de ahorrar la sangre de sus amados vasallos, proporcionándoles al mismo tiempo su felicidad.

Dios guarde a usted muchos años. Río de Janeiro, 20 de julio de 1816 = Andrés Villalba = Sr. Don Manuel José García

Vemos en esta escritura formal, en un documento casi oficial, el uso de abreviaturas especialmente en las fórmulas de cortesía, como Dios gue a U. ms as: una expresión suficientemente codificada en esa época como para estar usando de más la tinta y la pluma de ganso.

El 7 de agosto del mismo año, el señor Villalba ya veía que sus oficios no tenían respuesta favorable y así le informa al Gobernador español en Chile, Francisco Marcó del Pont, de quien se despide en estos términos.

Fig. 3

[Renuevo a vuestra señoría mis respetos y] ruego a Dios guarde a vuestra señoría muchos años. Río de Janeiro 7 de Agosto de 1816. Beso la mano de vuestra señoría, su más atento y seguro servidor

Andrés Villalba

Acá volvemos a encontrar los muchos años, y sumamos un B.L.M. de V.S., que se parece bastante al T.K.M. (te quiero mucho) de cualquier mensaje de texto. Lo curioso es que la firma no ahorra decoración, simplemente el saludo era parte de esa decoración y quedaría mejor escrito así, en ese contexto y con esos instrumentos de escritura. En la figura anterior, no vemos ese tipo de firma porque se trata de una copia. Era una práctica común encargar copias de determinados documentos, lo que nos permite detenemos en una característica de la escritura (la copia) que la vuelve doble: a partir de su capacidad intrínseca de ser reproducido, lo escrito perdura y a la vez se transforma. Cada vez que leemos, lo dicho vuelve a ser pero de manera diferente, y con connotaciones y sentidos diversos. Copiar es una manera de escribir y de apropiarse de un texto, equivale a tachar la firma del autor para inscribir la propia; eso lo saben los adolescentes que arman cuadernos con frases, poemas y letras de canciones que se vuelven propias por el hecho de escribirlas a mano.

Pero volvamos a las cartas del siglo xix, para encontrarnos con la contraparte. Mientras en agosto de 1816 los españoles todavía soñaban con perdonar a las Provincias por su aventura independentista, San Martín se aprestaba para iniciar la campaña a Chile, no sin antes escribirle a su amigo Godoy Cruz. Por suerte, y porque fue escrita sobre un papel, y porque fue posible fotografiarla y proyectarla, podemos ver la letra (Fig. 4)

Señor don Tomás Godoy y Cruz

Mendoza y Enero 24 de 1817

Mi Amigo muy querido: el 18 empezó a salir el Ejército y hoy concluye el todo de verificarlo. Para el 6 estaremos en el Valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15 ya Chile es de vida o muerte.

Esta tarde salgo a alcanzar las primeras divisiones del Ejército. Todas han salido bien y hasta ahora no ha ocurrido novedad de consideración.

Dios nos dé acierto, mi Amigo, para salir bien de tamaña empresa.

Hasta otra vez que le repita lo mucho que lo ama su Amigo

José de San Martín

No hay muchas fórmulas de cortesía en esta misiva que informa el transcurrir de los hechos y la importancia de lo que vendrá: San Martín no suele besar manos, y cuando escribe Amigo es frecuente que use mayúscula. Sin embargo, los “que” y los “para”, y algunas otras palabras como “ejército”, se ven comprimidas en sus abreviaturas cuando la escritura es manuscrita y sólo las encontramos completas en textos impresos.

Todos sabemos cómo terminó la campaña a Chile: Marcó del Pont preso, San Martín triunfante y O'Higgins en el gobierno; pero en el Cabildo de Chile todavía había personas que habían colaborado con Marcó del Pont, y deseaban que San Martín se alejara, por lo que le ofrecieron dinero para que pudiera regresar a instalarse en Mendoza. En esos días, Juan Manuel de Pueyrredón, que había sostenido gran parte de la campaña desde Buenos Aires, le escribe:

¿Cómo quiere usted, amigo mío, volver a Mendoza para restablecerse? ¿Cree usted que mejoraría de temperamento? Retírese usted al campo, enhorabuena, por los días que necesite; pero aunque usted no haga nada, la sola presencia de usted me basta para que yo esté en confianza, y basta también para que haya orden en ese país. Si usted se separa de ese país, aunque sea por poco tiempo, tal vez pueda relajarse la disciplina de nuestras tropas, y tal vez también padezca el respeto en que debe estar O'Higgins.

¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima, ahora que el Señor Pezuela está en calzones blancos! pero desgraciadamente no hay marina que proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de mucho saldrán de aquí los cinco Buques Americanos, de los que están dos en estas Balizas.

A Dios mi eterno amigo de su

Juan Martín de Pueyrredón

San Martín no quería desairar al Cabildo de Chile, pero tampoco regresar a Mendoza, y es así que redacta un oficio en el que solicita:

...permítame que destine útilmente este fondo a un establecimiento que haga honor a Vuestra Soberanía y a ese benemérito reino. La creación de una Biblioteca Nacional perpetuará para siempre la memoria de esa Municipalidad: la ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos; ese, que ha sido la cuna de las ciencias, ha sufrido el ominoso destino que le decretaron los tiranos para tener en cadenas a los brillantes ingenios de ese país. Yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la esencia de los hombres libres.

Otra prosa, otras abreviaturas, el mismo San Martín. V.S., que en otros escritos indica Vuestra Señoría, se nombra explícitamente como Vuestra Soberanía, para que las iniciales, cuando aparezcan, cambien de sentido. La Biblioteca Nacional de Chile había sido clausurada durante el dominio español, y este gesto de San Martín sugería cuál debía ser la primera tarea del nuevo gobierno. Para que los ciudadanos se educaran como verdaderos “hombres libres” era preciso que accedieran a los escritos de los “brillantes ingenios de ese país”.

Así como esa biblioteca prometía el acceso a los escritos americanos, a través de libros en algunos casos donados por el propio San Martín de su colección personal, esta nueva forma de archivar escritos que es la tecnología digital nos permite ver algo nuevo: la imagen de unas cartas que nunca estuvieron tan cerca en sus detalles materiales.

La sorpresa no es que sean diferentes de las actuales, sino que la distancia no es tanta. Cuando miramos las abreviaturas, el uso peculiar de la pluma entintada sobre el papel, no estamos simplemente haciendo una historia ilustrada de la lengua, sino que vemos cómo las tecnologías de la escritura determinan muchas veces su contenido y comprobamos, junto con nuestros alumnos, que no hay una sola manera de escribir, así como no hay una sola manera de leer, pero que es necesario tomarnos nuestro tiempo para distinguirlas, ya que de eso se tratan las abreviaturas: de dar el tiempo, o de no darlo.

Volver al presente

En el rodeo por el siglo xix, de la mano del xxi, nos desplazamos una vez más entre la literatura y la escritura, lo cual nos permitió, a su vez, pensar la lectura como una práctica que reclamamos morosa. En este tipo de lectura se juega un saber que viene

de la literatura. Sabemos que la literatura reclama un tiempo diferente, porque además produce una temporalidad alterada: es productora de presente y de lejana cercanía. Con esto me refiero a que la experiencia literaria consiste en que las cosas vuelvan a suceder cada vez que las leemos, como ilustra *La historia sin fin*, esa historia borgeana donde el lector ve su cara y da un nombre.² Aunque tal vez sería mejor decir, más acertado, que *algo* sucede cada vez que leemos, cuando sucede. Pero esto último no puede ilustrarse.

Es posible que la literatura no pueda enseñarse, aunque un profesor dijo, con optimismo, que puede contagiarse. Es nuestra propuesta: aumentar la cercanía, estar en contacto con el hacer literario, hurgar en su materialidad sin lavarnos las manos para experimentar diversas posibilidades, y confiar en que la literatura suceda. Se trata de trazar un plan de contagio para el que proponemos los siguientes pasos:

- 1) Promover la promiscuidad literaria, es decir el contacto cercano con libros varios: poesía, cuentos, crónicas, novelas. Si se logra que en las aulas entre una Biblioteca básica, ésta sería un piso a partir del cual continuar. El tema de la variedad debe ser tratado seriamente: el ingreso irrestricto de mercadería seudo literaria en las aulas sólo garantiza la repetición *ad nauseam* de los mismos modelos de pensamiento e imaginación que promueven los medios masivos. Más que variedad como variación de lo mismo, postulamos la aparición en el aula de objetos heterogéneos, resistidos, y el uso de estrategias insidiosas para atravesar las barreras de anticuerpos que cualquier adolescente o adulto desarrolla en su adaptabilidad al medio social. Una de las estrategias para promover la promiscuidad literaria es que los libros no tengan ningún tipo de sobrecubierta: ni la de papel ilustración que protege la tapa y que la institución escolar o nuestros propios cuidados refuerzan “forrando” el libro, ni esa otra clase de sobrecubierta que suponen los estudios preliminares y los ejercicios escolares que terminan neutralizando el posible efecto tóxico del libro a fuerza de mediaciones. Es inevitable que para “introducir” un libro, especialmente uno extraño, se recurra a comparaciones con lo conocido, se prepare al lector para lo que va a encontrar y se reduzca así el posible efecto de extrañeza, de eso se ocupan los prólogos. Sin embargo, toda la información del prólogo puede ser

2

La historia sin fin/ Die unendliche Geschichte (Dir.: Wolfgang Petersen, 1984), está basada en una novela de Michael Ende que claramente se acerca a las reflexiones de Borges en “El Aleph”, cuando el niño ve su propio rostro en el libro que está leyendo. El propio Ende, por otra parte, declaró su admiración y afinidad con Borges (y su decepción ante la película).

consultada en Internet o en cualquier otra enciclopedia. Por su parte, los docentes son capaces de generar ejercicios propios, y están ávidos de seguir aprendiendo. Puede generarse material didáctico para uso de los docentes, diseñado para auxiliar y no para prescribir, en el que especialistas en el tema ayuden, entre otras cosas, a filtrar el material apócrifo bajado de Internet; pero el libro que manejen los alumnos debería ser un medio apto para el cultivo de la literatura con la menor cantidad posible de marcas institucionales.

- 2) Que los libros no estén protegidos de los alumnos en tanto lectores autónomos. La práctica de escribir al margen es una de las virtudes que hicieron que el libro en el formato actual triunfe sobre otros formatos menos manipulables, como los rollos chinos y pergaminos. Deberíamos distinguir entre anotar los márgenes del libro con comentarios, señalar palabras o frases, y completar huecos en un manual. La diferencia, claro está, es que cuando completamos el manual existe la posibilidad de que el ejercicio esté “bien” o “mal”, mientras las anotaciones marginales responden a alguna lógica que es interesante desentrañar para hacer visible el diálogo establecido con el texto. Un lector es alguien que escribe sobre lo que lee, lo haga materialmente o no. Por eso ver una película basada en un libro querido implica en general un desencuentro, pocas veces un entusiasmo, con personajes que fueron reescritos en nuestra imaginación. Porque leer es una forma de repetir lo escrito, y al repetir siempre hay una diferencia, es que se hace necesario un comentario en el que las voces de los lectores y las lectoras sean escuchadas. En ese espacio entre lo dicho y lo escrito, entre lo reescrito “n” veces en “n” lecturas, es donde se produce el contagio, es decir la literatura, que no se encuentra ni en el lugar “a” de aquello que pertenecería a un “querer decir original” perdido para siempre, en ocasiones llamado inspiración o genio, ni en el lugar “x”, que fuera entronizado como “el texto puro”, “la letra” o “las bellas letras”, ni en el lugar “z” que estaría ubicado en la psique del lector, como una creación independiente de lo que está escrito, sino que hemos visto que la literatura aparece siempre en algún lugar indefinido, en perpetuo desplazamiento.
- 3) Que la creación literaria no sea una zona sagrada, privilegio de mentes iluminadas, que deje de aparecer como un universo acabado al que es imposible entrar y se vuelva, en cambio, cercana. En esta estrategia entra una nueva

perspectiva teórica que nació del cruce entre la Filología y los estudios literarios posteriores al estructuralismo. Esto es, entre una disciplina que se ocupaba de fijar la escritura y una mirada que pone en foco la singularidad de los escritos en todas sus etapas y cuestiona las categorías tradicionales de autor, texto y receptor. La crítica genética vuelve sobre la categoría de autor para pensarla como resultante de operaciones de escritura que dejan una huella material en un soporte exterior, ya sea un papel, una servilleta de bar o una computadora. No estudia los textos, sino los procesos de escritura, y de ese modo permite hacer visibles relaciones, disputas y tensiones que no siempre aparecen en la superficie aterciopelada de un libro consagrado por su publicación. Del mismo modo en que la novela irrumpe en la historia de los géneros literarios para crear un espacio de contacto que se desarrolla en un presente inacabado donde autor, héroe y lector se encuentran dialógicamente, la crítica genética pretende romper la distancia absoluta que por muchos años separó la creación literaria de sus condiciones materiales y ubicar la obra en un presente inacabado donde la realización publicada es sólo una de las posibilidades, con las que es posible todavía dialogar.

En el siglo xxi se puede tachar y volver a escribir

Al comienzo nos referimos a las temporalidades alteradas como fenómeno que se hace más visible de la actualidad, en especial cuando a algún trasnochado se le ocurre regalar computadoras a escuelas que no tienen luz eléctrica. En estos casos, las personas modernas queremos que la solución sea poner luz eléctrica y calefacción en todas las escuelas, y defendemos el uso de las computadoras pero militamos por el reparto de libros aunque sepamos que nada borra las diferencias enormes que traen los estudiantes y comencemos a sospechar que algunos aspectos de esas diferencias pueden enseñarnos. Porque valoramos la diferencia es que persistimos en ofrecer oportunidades. Entre estos modernos se encuentra el estudioso de la historia de la escritura y del libro Roger Chartier, de quien tomo dos citas que nos permitirán hacer pie para seguir avanzando. Sobre los historiadores escribe:

Siempre han sido lamentables profetas, pero, a veces, al recordar que el presente está hecho de pasados sedimentados o enmarañados, han podido contribuir a un diagnóstico más lúcido de las novedades que seducían o espantaban a sus contemporáneos. (Chartier 2008: 15)

Y sobre la biblioteca universal que promete Internet.

La “felicidad extravagante” [cita de “La biblioteca de Babel”, de Borges] suscitada por la biblioteca universal podría volverse una impotente amargura si se traduce en la relegación o, peor aún, en la destrucción de los objetos impresos que han alimentado a lo largo del tiempo los pensamientos y los sueños de aquellos y aquellas que los han leído. (*ibid*: 15)

La primera de las citas nos ha guiado en nuestro rodeo por el siglo xix y la segunda vuelve sobre el temor a la desaparición del libro, no como producto del devenir histórico que lo transformaría en otra cosa sino como destrucción. Nos devuelve al mismo tiempo a la pregunta sobre el presente como vínculo con el pasado como legado, a la memoria como una construcción activa de la más alta importancia política. Esta conciencia guió a San Martín para promover la creación de una Biblioteca Nacional en Chile, y de eso también se trata el archivo de la literatura como “receptáculo de memoria”, en palabras Yerushalmi, invitado a reflexionar sobre el olvido y sus usos:

Cuando decimos que un pueblo “recuerda”, en realidad decimos primero que un pasado fue activamente transmitido a las generaciones posteriores a través de los “canales y receptáculos de la memoria” (...) Lo que llamamos olvido en el sentido colectivo aparece cuando ciertos grupos humanos no logran –voluntaria o pasivamente, por rechazo, indiferencia o indolencia, o bien a causa de alguna catástrofe histórica que interrumpió el curso de los días y las cosas— transmitir a la posteridad lo que aprendieron del pasado. (Yerushalmi 2006: 17-18)

La transmisión activa de la literatura se ve favorecida hoy con las computadoras. Varios proyectos de preservación de la memoria escrita están conservando manuscritos de autor, y algunos los han comenzado a subir a la red. La digitalización de documentos en ningún caso significa que deban destruirse los originales. Antes bien, lo que hace este modo de reproducción es fomentar su conservación al darlos a conocer sin dañarlos. En Internet hay varios sitios, pero nos detendremos en dos. Por un lado, tenemos los manuscritos completos de Madame Bovary, con su transcripción, en el sitio de la Universidad de Rouen (Fig. 5). En nuestro país, y gracias a la generosidad de Carlos Puig, heredero de su hermano Manuel Puig, hay varios manuscritos del Archivo Digital Puig en la página de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata (Fig. 6).

Lo que aquí se ve es que los escritores barajan diferentes posibilidades, y escogen una porque es sólo una la que debe publicarse. Al cabo de un cierto tiempo de escritura el libro está listo y el manuscrito, pensado como su preparación, no tendría más sentido de ser. Pero... ¿por qué guardarían, tanto Flaubert como Puig, sus manuscritos? Entre las muchas explicaciones que van desde el fetichismo hasta la prueba de que su escritura es el producto de un arduo trabajo, preferimos pensar que los escritores no saben a ciencia cierta por qué no destruyen sus documentos de trabajo. Preferimos imaginar que hay algo que se les resiste cuando están a punto de romperlos, o quemarlos, después de lograda una edición que respete su letra. Algo en esos papeles parece decir que una posibilidad descartada en su momento es la que en el futuro sería la mejor. En todo caso, si sus autores no los destruyen es porque –como dice Bartleby, el célebre copista imaginado por Melville— preferirían no hacerlo.

¿Qué podemos hacer nosotros con esos manuscritos? Leer en ellos las posibilidades y los límites de la escritura. No mirarlos como la antesala de la perfección, sino como la huella de una época y la promesa de un futuro. Dar vuelta una boleta de banco para encontrar en su verso, que es el recto de nuestros manuscritos, el esbozo de un capítulo de *Cae la noche tropical*, esa novela de Manuel Puig que habla del tiempo: (Fig. 07)

Cap. 34

~~Enero 1987~~

- ⊖ ¿Ya apagás la luz, Nidia?
- ⊖ Sí, tengo sueño
- ⊖ Qué suerte que podés dormir sin leer.
- ⊖ La caminata me cansó, qué hermoso día fue...
- ⊖ Hasta mañana, Luci
- ⊖ Yo voy a leer un poco mientras me hace efecto la pastilla
- ⊖ Chau
- ⊖ Hasta mañana

Noticia
política

Modas

Cine

Música

3 efecto de la voz que despierta no está bien dado

Y desde ahí, gracias al portal de la biblioteca de una Universidad pública, asomarnos al comienzo del capítulo cuatro, en su primera versión, para ver cómo fue cambiando ese diálogo, en dos etapas: la escritura a máquina, con sus tachaduras y las posteriores correcciones con birome: primero negra y después azul. (Fig. 08)

- ⊖ ¿Pero no era que ya te habías leído todo el diario? ~~de hoy~~
- ⊖ Estos son unos suplementos viejos, los ~~guardé~~ debo haber guardado porque me ~~quedaron~~ habían quedado unas cosas sin ver.
- ⊖ Chau, Luci.
- ⊖ Recién ojeé un poco y no sé ~~qué es lo que quería leer, por qué los guardé~~ por qué es que los guardé.

Hay varias tachaduras en esta página, como varias posibilidades de desarrollo del capítulo. Hay una cantidad de opciones que pueden agregar matices, o precisar datos. En la primera noticia: ¿se habla de un incendio o de un **primer** incendio?; ese incendio, ¿fue provocado por los mendigos instalados en el edificio abandonado, o sólo fue causado?, ¿cuál sería la diferencia?; ¿deberíamos hablar de un accidente (como dice la palabra tachada) o de un siniestro?

Manuel Puig escribió una novela inolvidable cuando se detuvo a construir el edificio de la conversación de dos hermanas de más de ochenta años. En esa conversación pasan cosas, muchas. Se juegan la vida, la muerte, el hambre y la soledad. Y precisamente por eso, porque se apuesta todo, es que podemos tachar y volver a escribir. A cambio, la literatura sólo pide lo único que no poseemos: nuestro tiempo.

1. Libros citados:

CHARTIER, Roger, 2008. *Escuchar a los muertos con los ojos*. Buenos Aires, Katz Editores.

DERRIDA, Jacques, 1995. *Dar (el) tiempo*, Barcelona, Paidós.

PUIG, Manuel, 1998. *Cae la noche tropical*, Barcelona, Seix Barral.

YERUSHALMI, Yosef Hashim, y otros, 2006. *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión.

2. Sitios de Internet mencionados.

Manuscritos de Madame Bovary, en <http://bovary.univ-rouen.fr/>

Manuscritos de Manuel Puig, en

<http://www.fahce.unlp.edu.ar/biblioteca/labiblioteca/archivo-digital-manuel-puig>

3. Libro recomendado sobre crítica genética:

LOIS, Élida, 2001. *Génesis de escritura y estudios culturales*. Buenos Aires, Edicial.